

El mal es real y es grave. ¿Dónde está el remedio? La sociedad no puede vivir sin creencias religiosas; necesita fe, como necesita pan. Si la religion del pasado no le basta ya, tiene que buscar otra en las profundidades de su conciencia. Cuando hablamos de la sociedad, nos referimos á los individuos. Las religiones no se establecen por medio de leyes ni de revoluciones: se preparan en la intimidad del alma, bajo la inspiracion de Dios. Por consiguiente, nuestra voz de alarma se dirige á los individuos. El deber de todo hombre que ha llegado á tener conciencia de su mision en esta tierra, es interrogarse acerca de los grandes problemas de la vida: si la religion dominante no le ofrece una solucion que le satisfaga, fórtese convicciones que respondan á sus aspiraciones. La primera de todas debe ser permanecer fiel á la ley del deber moral, porque el hombre que sacude el imperio del deber es peor que el animal, y no se separa de la Iglesia para envilecerse. No hay derecho para separarse de ella, sino á condicion de ser más moral, más religioso que los que continúan dentro de ella.

Puesto que la inmutabilidad del dogma engendra la indiferencia y la incredulidad, es preciso que la religion se transforme, si no quiere perecer y arrastrar en su ruina la sociedad. ¿Es transformable el catolicismo? No tenemos que examinar esta cuestion por ahora. No nos dirigimos á la Iglesia, sino á los que sienten la necesidad de creer y no quedan satisfechos con las creencias oficiales. Nos parece que se daría un gran paso hácia la solucion de la cuestion religiosa, si se hiciera general la conviccion de que la religion es progresiva lo mismo que todas las manifestaciones del espíritu humano. Ahora bien, de ninguna manera se prueba mejor la necesidad del progreso religioso que haciendo ver á dónde conduce el dogma romano de la inmutabilidad de la fe. Ha producido una oposicion completa entre la creencia oficial y las creencias verdaderas que existen ya hoy en el seno de la humanidad. No es éste el lugar de tratar esta cuestion inmensa. Limitaremos nuestras observaciones á la parte de la religion en que son más sensibles y más ciertas las modificaciones, el concepto de la vida.

II.

El Evangelio no contiene un dogma bien determinado: lo que domina en él es un espiritualismo excesivo, el desprecio de la tierra, la aspiracion á una vida nueva, á otro mundo. Hoy se pone esto en duda, precisamente porque este espiritualismo desordenado está en contradiccion con la vida real. Esto es negar la evidencia; y el negar la evidencia es comprometer la causa que se trata de defender. Mientras el cristianismo ha imperado en las almas, se admitía, ¿qué digo? hasta se exageraba el espiritualismo evangélico. Escuchemos la *Imitacion de Jesucristo*, ese segundo Evangelio: «La suprema sabiduría consiste en aspirar al reino del cielo, despreciando el mundo. El que se conoce bien, se desprecia. La perfeccion consiste en sentir hácia nosotros mismos un desprecio sincero, en alegrarse de ser despreciados por los demas.... No tengáis nada vuestro, ni aún vuestra voluntad.... No exceptúo nada (habla Jesucristo) y exijo de vosotros un desprendimiento sin reserva..... El objeto de la vida es morir completamente para sí mismo. Solamente á este precio pueden disfrutarse las cosas de Dios.... ¿Cómo se han elevado algunos santos á tan alto grado de virtud? Porque se han esforzado por morir para todos los deseos de la tierra..... Los más grandes santos evitaban, en cuanto les era posible, el comercio de los hombres, y preferían vivir en secreto con Dios.»

Cuando se arguye á los defensores del catolicismo con los testimonios del Evangelio, salen del paso distinguiendo entre los preceptos y los consejos. Las máximas acerca del desprecio del mundo, de la pobreza, de la virginidad, de la humildad, no se refieren más que á los que aspiran á la perfeccion: tales son, en la Iglesia católica, los monjes; pero la masa de los fieles no está obligada, segun dicen, á seguir estas reglas. Vana escapatoria que, como siempre, se vuelve contra el Evangelio que quieren defender. Acabamos de oír á un escritor místico. Salgamos de la Edad Media y apelemos á los más grandes nombres del siglo xvii. Bossuet, Nicole, Bourdaloue, no eran espíritus especulativos; vivían en el

mundo, y predicaban, escribían para el mundo. Ellos nos dirán si los preceptos del espiritualismo evangélico no se dirigen más que á los religiosos.

Bossuet no distingue los hombres en monjes y laicos. No hay, dice, según el Evangelio, más que dos géneros de hombres: los unos componen el mundo y los otros la sociedad de los hijos de Dios; los unos siguen la carne, los otros son gobernados por el espíritu. «Los verdaderos hijos de Dios deben huir enteramente del comercio y alianza del mundo. Por esto el Salvador, Jesús, hablando de sus discípulos, dice: *No son del mundo, como yo no soy del mundo.....* No es, pues, una obligación particular de los religiosos la de despreciar el mundo, sino que la *necesidad de separarse de él es la obligación más antigua y más general de todos los hijos de Dios*» (1). ¿Por qué debemos despreciar el mundo, es decir, la vida? «Desde que por su orgullo mereció el hombre que Dios lo arrojase del Paraíso; desde aquel tiempo, raza maldita é infortunada de un miserable proscrito, no podemos esperar nuestra salvación, si no ablandamos á Aquél á quien hemos irritado contra nosotros.» Nuestra vida no debe ser más que una larga penitencia, y la penitencia, según la enérgica expresión de Bossuet, es *un sacrificio de todo el hombre que, juzgándose digno del mayor suplicio, se destruye en cierto modo ante Dios* (2).

De aquí esa espantosa concepción de la vida que se encuentra en todas las páginas de los *Ensayos de Nicole*, el moralista favorito del siglo XVII: «El mundo entero es un lugar de suplicios en el que los ojos de la fe no descubren más que efectos terribles de la justicia de Dios, y si queremos representárnoslo por medio de alguna imagen que se le asemeje, figurémonos un vasto recinto lleno de todos los instrumentos de la crueldad de los hombres, y ocupado, por una parte, por verdugos, y por otra, por un número infinito de criminales entregados á su rabia. Representémonos que aquellos verdugos se arrojan sobre estos miserables, y que cada día hacen perecer un gran número en medio de los más crueles

(1) BOSSUET, *Panegírico de San Sulpicio* (Obras, t. VII, p. 132, edición de Besançon).

(2) ID., *Panegírico de San Francisco de Paula*, t. VII, p. 243, 249.

suplicios; que solamente hay algunos cuya vida tienen orden de respetar, pero que, no teniendo ellos esta seguridad, temen fundadamente para sí la muerte que á cada momento ven sufrir á los que los rodean, no viendo en sí nada que los distinga de los demás.» El cuadro es realmente espantoso. Sin embargo, Nicole no exagera; ni siquiera dice toda la verdad: este campo de carnicería, esos verdugos, esas víctimas, no son una imagen, es la realidad. Los verdugos son los demonios; las víctimas son los hombres abandonados á sus pasiones: «La justicia de Dios los entrega á los demonios, que los dominan, se burlan de ellos, los engañan, los lanzan en mil desórdenes, los afligen en este mundo con una infinidad de miserias, y los precipitan por último en el abismo para atormentarlos eternamente» (1).

Si tal es el mundo, y los cristianos no pueden negar que así sea, se concibe que el primer deber, el más ardiente deseo de los verdaderos discípulos de Cristo, sea huir de él. Esto es lo que nos dice Bossuet: «El mundo entero no es nada; todo lo que es medido por el tiempo va á concluir..... ¿Se pierde algun apoyo cuando se arroja una caña rota, que lejos de sostenernos, nos heriría en la mano, si quisiéramos apoyarnos en ella? ¿Se necesita mucho valor para huir de una casa que amenazase ruina, y que al caer nos aplastaría?... Este mundo no solamente es frágil y miserable, sino que es incompatible con los verdaderos bienes: *es el reino de Satanás, y las tinieblas del pecado cubren esta región de muerte.*» ¡Pero qué! pregunta Bossuet, ¿es preciso que todos los cristianos huyan del mundo? Escuchemos su respuesta y tiemblen los que se llaman cristianos: «¿Qué habeis prometido en vuestro bautismo para entrar, no en la perfección de una orden religiosa, sino en el simple cristianismo y en la esperanza de alcanzar la salvación? Habeis renunciado á Satanás, á sus pompas. Observad cuáles son estas pompas. Satanás no tiene otras distintas de las del siglo..... Esta promesa tan solemne, que os ha permitido la entrada en la sociedad de los fieles, ¿no será más que una comedia y una burla sacrílega? La renuncia al mundo es, pues, esencial á la salvación de cada cristiano..... De aquí resulta que al abrir los li-

(1) NICOLE, *Ensayos de moral*, t. I, p. 153-155.

bros de los Santos Padres, no encuentro por todas partes, aún en los sermones dirigidos á todo el pueblo sin distincion, más que apremiantes exhortaciones para llevar á los cristianos en masa á los desiertos. Así es que San Basilio hace un sermón expresamente para invitar á todos los cristianos á la vida solitaria. San Gregorio Nacianceno, San Crisóstomo, San Jerónimo, San Ambrosio, el Oriente, el Occidente, resuenan con las alabanzas del desierto y el temor del siglo.» Bossuet, echando una mirada sobre su tiempo, exclama: *Se ha olvidado que ser cristiano, y no ser de este mundo, es esencialmente la misma cosa* (1).

Nicole y Bourdaloue, aunque pertenecen á escuelas hostiles, emplean absolutamente el mismo lenguaje. El moralista de Port-Royal dice que el hombre ha sido creado para vivir en una soledad eterna con Dios solamente (2). El predicador jesuita dice que el carácter del cristianismo es la separacion del mundo, y deduce esta consecuencia muy lógica: *que el verdadero cristiano no se encuentra más que en el estado religioso* (3). ¡De suerte que el monaquismo es el ideal de la vida cristiana! ¡Este es el término de la perfeccion evangélica! No necesitamos probar la falsedad de este ideal, lo hemos hecho ya en otra parte (4). Pero si preguntáremos si este ideal es todavía el del siglo XIX. Y al hablar del siglo XIX, entendemos, no los incrédulos, sino los creyentes, los defensores mismos del catolicismo. Son bastante ciegos para preconizar los conventos, pero no se atreven ya á decir con Bourdaloue que el verdadero cristiano no se encuentre más que en los monasterios. Sin embargo, la doctrina de Bourdaloue es la de todos los Padres de la Iglesia, como lo hace observar Bossuet. Hay, pues, oposicion radical entre el cristianismo de otros tiempos y la sociedad cristiana de nuestros dias. Y la oposicion afecta á la ley de vida, á la salvacion eterna. Si los cristianos verdaderos, ó que pasan por tales, no creen ya que deben huir al desierto para alcanzar su salvacion, ¿á qué queda reducido el espiritualismo evangé-

(1) BOSSUET, *Sermon sobre las obligaciones del estado religioso* (Obras, t. VI, p. 526-531).

(2) NICOLE, *Ensayos de moral*, t. V, p. 358.

(3) BOURDALOUE, *Sermones*, t. IV, p. 51; *Panegíricos*, t. II, p. 183.

(4) Véase mi *Estudio sobre el Cristianismo*.

lico que conduce directamente al desierto? ¡La religion predica que los verdaderos cristianos deben encerrarse en una celda ó en la soledad, y los que se llaman verdaderos cristianos permanecen en el mundo! Convengamos en que es un estado de cosas bastante extraño. La religion tiene un ideal, y la sociedad tiene otro ideal completamente contrario; ¡y, sin embargo, la religion pretende guiar á la sociedad por el camino de la salvacion! ¡Qué caos de contradicciones! ¿Cómo se quiere que la religion produzca la salvacion de las almas, cuando dice á los hombres que deben huir del mundo para salvarse, y obstinándose los hombres en permanecer en el mundo, convencidos de que éste es su destino?

Los defensores de la Iglesia responden que ésta nunca ha sostenido que no podia conseguirse la salvacion en el mundo. Pase. Pero veamos con qué condiciones. ¿Acaso el ideal de la religion para la vida del mundo es el mismo de los cristianos que viven en él? El matrimonio es el vínculo y el fundamento de la sociedad. ¿Qué piensa de él la religion oficial y qué piensa la humanidad? San Pablo tolera el matrimonio como un remedio contra la concupiscencia; por más que la Iglesia lo ha convertido en sacramento, el matrimonio sigue siendo un estado inferior que nos asimila casi á los animales; el ideal, para el cristianismo tradicional, no es el matrimonio, es el celibato: «El celibato, dice Bossuet, aparece como una imitacion de la vida de los ángeles, que únicamente se ocupan de Dios» (1). ¿Es hoy esta todavía la creencia de los cristianos? Han rechazado el ideal de San Pablo para obedecer á la voz de la naturaleza, que es la de Dios, y esta voz les dice que la union del hombre y de la mujer es una ley del destino humano. Admiramos una vez más la interesante armonía que existe entre la religion y la sociedad. La religion dice á los hombres: permaneced en el celibato y seréis ángeles. La sociedad les dice: casaos, para perfeccionaros, completándoos. ¡Y esta religion pretende dirigir la vida!

La Iglesia acepta el matrimonio; más exacto sería decir que lo sufre. Pero pasemos adelante. ¿Qué piensa la doctrina cristiana de los vínculos de familia? El Evangelio nos dice que Cristo no hacía

(1) BOSSUET, *Historia universal*.

gran caso de ellos, y nada más natural bajo el punto de vista del espiritualismo excesivo que le inspiraba. ¿Qué pueden ser unos vínculos nacidos de la carne? Hé aquí un comentario digno del texto: habla el abad de Saint Cyran, uno de los espíritus más cristianos del siglo XVII: «Todas las órdenes y los deberes de este mundo empiezan á perderse desde esta vida en el espíritu de los que no aman más que á Dios; porque la fe que los guía en todo lo que hacen les enseña que en el cielo han de ser destruidos por completo, cuando la luz del amor que sienten hácia Dios haya llegado á su punto culminante» (1). ¿Son también estos los sentimientos de la sociedad moderna? ¿Procuran los hombres separarse desde este mundo de los seres más caros para ellos, y cuando los pierden, dicen que no es más que un vínculo carnal roto? Repetimos, las aspiraciones de la sociedad son completamente diferentes. El dogma cristiano absorbe todas las afecciones del hombre en un vago y estéril amor de Dios. Los hombres, por el contrario, creen que el amar á sus semejantes es amar á Dios y que ésta es la única manera de amarle. Léjos de ver en la muerte la ruptura de los vínculos creados por el amor, esperan que subsistan para renovarlos en otra vida. Hay antinomia absoluta entre los sentimientos de la religion y los de la sociedad. ¡Y esta religion pretende guiar á la sociedad en la realizacion de su destino!

¿Qué es, pues, nuestra vida? Los cristianos la comparan con un viaje. Falta saber cómo entienden este viaje. Escuchemos otra vez al abad de Saint Cyran: «El viajero no se aficiona ni á la belleza de las campiñas, ni á la de los castillos y casas, ni á las compañías.... Su corazón está fijo en el lugar á donde va y en el país de donde ha salido y á donde vuelve, para habitar en él.... Esta es la imágen del hombre de bien, que no aspira más que al cielo, y no se aficiona á nada de lo que hay sobre la tierra por bello que parezca, mientras vive en un cuerpo mortal, el cual, pereciendo á cada momento, le hace marchar más de prisa hácia el cielo, en donde está su corazón y su tesoro, que á los que viajan en navíos sobre el mar (2). Si fuera permitido gastar bromas sobre una ma-

(1) *Obras de SAINT-CYRAN*, t. II, p. 203.

(2) *SAINT-CYRAN*, t. II, p. 488.

teria tan grave, diríamos que, á pesar de la inmutabilidad católica, todo cambia, hasta la manera de viajar. En el siglo XIX ya no se viaja, como dice Saint Cyran: se toma aficion á la belleza de las campiñas y á las compañías. Si nuestra permanencia en este mundo es un viaje, ha cambiado también completamente. Los cristianos más severos no consideran ya el mundo «como un lugar habitado por los demonios y maldito por Dios.» Dicen ciertamente «que no tienen más pasión que la de volver al cielo»; pero, mientras llega tan feliz momento, se arreglan bastante bien «en el infierno» donde están, y la mayor parte no tienen interés en acelerar el viaje; si toman el ferro-carril, no es para llegar más pronto al cielo. Puesto que la idea de nuestro viaje terrestre se modifica hasta este punto, ¿cómo nos ha de servir de guía la Iglesia? Si el viajero quisiera detenerse para admirar la belleza de la naturaleza, la Iglesia le diría que los valles y los bosques, las montañas y las rocas son la morada de los demonios; que la tierra es un infierno. ¿Qué harían los viajeros con semejantes conductores? Enviarlos á todos los diablos y decirles que se vayan con esos mismos demonios de que creen poblado el mundo.

En nuestros días se viaja mucho para robustecer ó recobrar la salud. ¿Qué piensa de esto el dogma cristiano? Solamente nuestra pregunta revela que estamos fuera del cristianismo histórico. ¡La salud! ¿Acaso un cristiano puede cuidarse de esa masa de barro llamada cuerpo, para inquietarse por su estado? Hay, sin embargo, muchos fieles, y hasta ungidos del Señor, que tienen estas preocupaciones. ¡Tiemblen al oír que San Bernardo dice y Pascal repite que la enfermedad es el estado natural del cristiano! (1). El que goza de salud se encuentra, pues, en un estado contra naturaleza; debe destruirla por medio de mortificaciones, por el ayuno, la vigilia; la vigilia principalmente, dice Saint Cyran, es un medio excelente de abreviar la vida, porque nada conserva más el vigor del cuerpo que un sueño no interrumpido. ¿Se dirá que estos son excesos de monjes ó de espíritus enfermos? Saint Cyran responderá citando á San Agustín, el gran doctor de la Iglesia de Occidente: ¿qué importa, dice el ilustre Padre, que

(1) Véase el tomo VIII de mis *Estudios sobre la Historia de la humanidad*.